

¡GRACIAS

Ha sido un curso lector fantástico!

QUERIDOS LECTORES Y LECTORAS

Estaba pensando en todo eso que hemos hecho juntos y juntas a lo largo de este curso y me han asaltado estos verbos: Detenerse, observar, escuchar, interpretar, comprender, tejer, surcar, elegir, transformar, recrear, reanimar, asimilar. Compartir. ¡Son verbos lectores!

Cuando, hace un año, se me planteó la posibilidad de estar al frente de cada uno de los clubes de lectura que se desarrollan en el Concello de Oleiros, sentí una enorme responsabilidad. Leer es ejercicio de riesgo, de exclusividad, pero me animó la certeza de entender la lectura colectiva como un viaje de felicidad compartida.

Qué afortunados somos de vivir juntos dentro de tantas historias que no son las nuestras. Quería tener unas palabras de agradecimiento con todos y cada uno de vosotros, lectores y lectoras, por permitirme acompañaros a lo largo de tantos libros. ¡Cuánto he aprendido de vosotros! Mi trabajo habría sido, no obstante, imposible sin el respaldo de mis compañeros que no me han dejado sola en ningún momento. En Santa Cruz: Ana e Isaac; En Mera: Rosalía; En Oleiros: Lucía; en Rialeda: Alberto, Uxío, Carmen y Blanca. Por supuesto, no puedo no nombrar a mis compañeras Rosa Vilariño y Pepe Taboada que han conducido magistralmente las tertulias de Literatura Gallega: Pepe, Rosa, compañeras, os admiro profundamente.

Justo hace un año, mientras preparaba la licitación de acceso a la coordinación de los Clubes de lectura de Oleiros, la Revista Cultural Murciana de Letras solicitó mi colaboración en la redacción de un artículo sobre mi idilio con la Literatura, con la lectura, y mi devoción por las bibliotecas y las lecturas compartidas. Se recogió en un monográfico sobre Librerías y Bibliotecas en formato libro (Editorial Newcastle Ediciones). Os comparto aquí un fragmento, creo que no tengo mejor manera de comunicaros mi emoción en torno a los libros. Lo titulé Una biblioteca en la maleta, apuntes de lectura compartida.

A todos y todas os abrazo y os espero el curso que viene. ¡Nos esperan grandes lecturas!



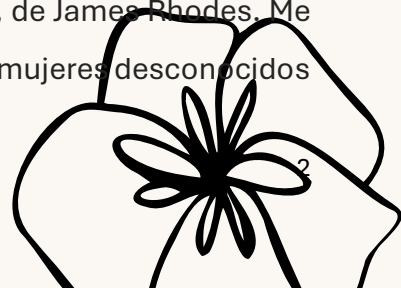
UNA BIBLIOTECA EN LA MALETA.

APUNTES DE LECTURA COMPARTIDA

A todos los conocí en **Canadá**. Fuimos en grupo, yo era la más joven. Nos presentó Richard Ford: «Primero contaré lo del atraco que cometieron nuestros padres, y luego lo de los asesinatos que vinieron después.» Con un inicio semejante, mentiría si dijera que se quedaron todos los que empezaron el viaje. Claro que yo decidí hacerlo, quedarme. Iba a brindarme la oportunidad de intimar entre letras con perfectos desconocidos. ¿Verían ellos lo mismo que yo? **Mentiras de mujeres**. Con Liudmila Ulítskaya coincidimos casi todos: «Así como los hombres mienten de una forma práctica, con un fin, las mujeres lo hacen de pasada, por descuido, sin causa, sin motivo, con ardor, de improviso, poco a poco, sin orden ni concierto, desesperadamente, de modo completamente inmotivado. Aquellas que poseen ese don mienten desde la primera hasta la última palabra que pronuncian.»

Yo ya había leído algunos de los libros que se proponían: **Alguien**, de Alice McDermott, **Tantos días felices**, de Laurie Colwin y hasta el que se agendaba para la última estación, **La uruguay**, de Pedro Mairal. Pronto me convertí en la joven que dejaba las tertulias la primera, todavía no había conquistado esa edad en la que el tiempo me pertenecía sin concesiones, todavía no llevaba mi mochila los libros que llevaban las de mis compañeros.

Inolvidable compartir la lectura de **El mapa y el territorio**. O lo amamos, o lo detestamos. A Michel Houellebecq le discutimos mucho: «Lo que define ante todo al hombre occidental es el puesto que ocupa en el proceso de producción, y no su estatuto de reproductor.» Salí de mi zona de confort, leí a quién no me había acercado. Lo hice **De noche, bajo el puente de piedra**, con Leo Perutz. Por supuesto, tuve tiempo para rescatar a las historias que ya tenía pendientes. Un regalo de los buenos fue leer a la **Intemperie**, a Jesús Carrasco. Todavía tengo frío. Leímos juntos, en una habitación, **La habitación de Nona**, disfrutando de la gran cuentista que es Cristina Fernández Cubas. Sufrir, también lo hicimos, amenizados por la música que sonaba en **Instrumental**, de James Rhodes. Me pregunto si habría leído en gallego de no estar entre ellos, hombres y mujeres desconocidos

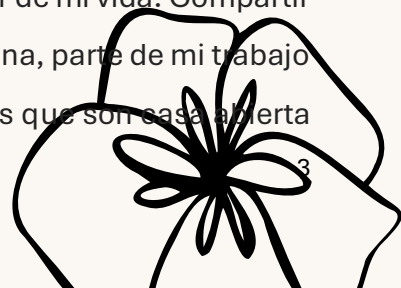


que se asomaron con respeto a la palabra. Resulta que vivimos juntos un montón de historias que no nos pertenecían. Y todo había sucedido en una biblioteca.

Recuerdo que escribí esto a petición de la bibliotecaria que conducía el primer club de lectura en el que participé cuando me trasladé a Coruña, y de eso hace una década. Ella me había pedido unas palabras, una emoción sobre mi experiencia con la lectura compartida.

No le conté entonces que me había inscrito en las tertulias literarias para sentirme acompañada, debí escribirle que, en definitiva, leemos para no estar solos. Yo ya sabía de las bondades de pertenecer a un club de lectura, sabía, porque me he mudado muchas veces, que cualquier biblioteca es hogar. No le conté que la primera biblioteca que conocí había entrado en mi casa en dos grandes maletas de cuero marrón, con cierres y esquinas redondeadas, en una suerte de herencia que recayó en mi madre cuando yo no tenía edad para saber leer. No le conté que fue cuando la vajilla de las ocasiones especiales desapareció de los estantes del mueble del salón comedor, que el lugar de platos y copas se llenó de ensayos, biografías, poemarios y novelas, bellos ejemplares de tapas duras inalcanzables e intocables para la niña que fui, la que de grande sería escritora. Pude haberle contado que mi primera biblioteca era el rastro de los amores, las obsesiones e inquietudes, de un primo lejano de mamá, hijo único, bien parecido, pero soltero, militar de rango, pobre en salud, y de un gusto exquisito y ecléctico: Flaubert, Tolstói, Camus, Lorca y Laforet, Rosalía, Borges y Machado. Si se volvieron intocables los libros de mi primera biblioteca fue por garabatear de colores aquellas ediciones de El Padrino, de Mario Puzo, y Love Story, de Erich Segal. No le conté que mi biblioteca heredada se ha ido ensanchando con libros adquiridos, regalados, prestados y olvidados. Para ocupar nuevos espacios, en otras maletas, se han mudado conmigo. Comprendí hace tiempo que mi casa se encuentra allá donde se ubica mi biblioteca, compuesta por los libros que no solo marcaron mi lectura íntima, sino que influyeron en mi forma de pensar la literatura y se convirtieron en la hoja de ruta de mi propia escritura.

La lectura ha sido y es, indudablemente, el amor de una vida. El amor de mi vida. Compartir lo que me hace tan feliz se me hace necesario. Por insistencia y fortuna, parte de mi trabajo se desarrolla en bibliotecas que no caben en una maleta, bibliotecas que son casa abierta



para todos, que en su espacio acogen volúmenes y volúmenes, que «el espacio contiene el tiempo y la memoria y la memoria depende en gran medida del espacio», escribió Javier Marías.

Todos los años, antes de iniciar temporada de tertulias literarias en la biblioteca, me repito sobre las bondades de leer, repaso todos los paseos que hemos compartido a lo largo de lecturas trazadas previamente en la intimidad. Sé que para algunos lectores hay libros, párrafos o citas que serán siempre un callejón sin salida, habrá otros que serán puente: un paseo transformador, una alameda, un respiro, una respuesta. Leer es una azotea, dijo Roberto Bolaño. Una grieta en un muro para asomarse al otro lado, escribió Robert Walser. Para el poeta de la vida, Charles Baudelaire, leer era algo así como una sala de espera.

Claro que hay libros que son una calle de un solo sentido que transitamos a contracorriente, y que todo lo que no hemos leído, lo que vamos a leer, es un hueco, un vacío a llenar. Me atrevo a decir que leer juntos es un empujón. Y algo más: La lectura compartida es la raíz de los millares de clubes de lectura que, presenciales o en la red, surgen por doquier. La lectura no sólo no nos aísla de los demás, sino que nos aproxima a ellos. Leer junto a otras personas es constatar que las cosas son más cuanto más las compartamos. Hacer de la lectura un motivo de intercambio entre personas trae aparejado una consecuencia importantísima: la ampliación de la comprensión, la profundización en ella como suma de las comprensiones de cada cual.

Un club de lectura es, por encima de todo, una valiosa herramienta de construcción de ciudadanía porque fomenta el respeto y la empatía, porque ayuda a edificar la opinión formada. Leer nutre nuestro libre albedrío, que libro, lector y lectura se escriben con ele de libertad.

Ofrecer la lectura es siempre, o así debería ser, un acto de invitación: la de cuantos nos ocupamos de fomentar su conocimiento y contacto, de procurar las mejores condiciones para que la realidad siempre imprevisible de ser lector se haga posible.



Dice Antonio Basanta en su libro *Leer contra la nada*, que leer es una manera de ser y estar en la vida. Quizá lo más hermoso de leer sea que no se termina de aprender nunca. Seguramente lo más valioso de leer en un club de lectura sea que el mapa se amplifica, que se multiplican las rutas, se dibujan nuevos horizontes. «Leer es siempre una expedición a la verdad», escribió Kafka. Juntos perseguimos esa travesía. En casa. En la biblioteca.

SILVIA SALGADO



FELIZ VERANO,

SILVIA SALGADO

